

GERD THEISSEN

LA SOMBRA DEL GALILEO

Las investigaciones históricas
sobre Jesús traducidas a un relato

DECIMOQUINTA EDICIÓN

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2025

Para Oliver y Gunnar

Tradujo Constantino Ruiz Garrido
del original alemán *Der Schatten des Galiläers*

Imagen de cubierta: crismón paleocristiano, siglo IV, digitalizado.

© Chr. Kaiser Verlag, München 1986

© Ediciones Sígueme S.A.U., 1988

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-2240-0

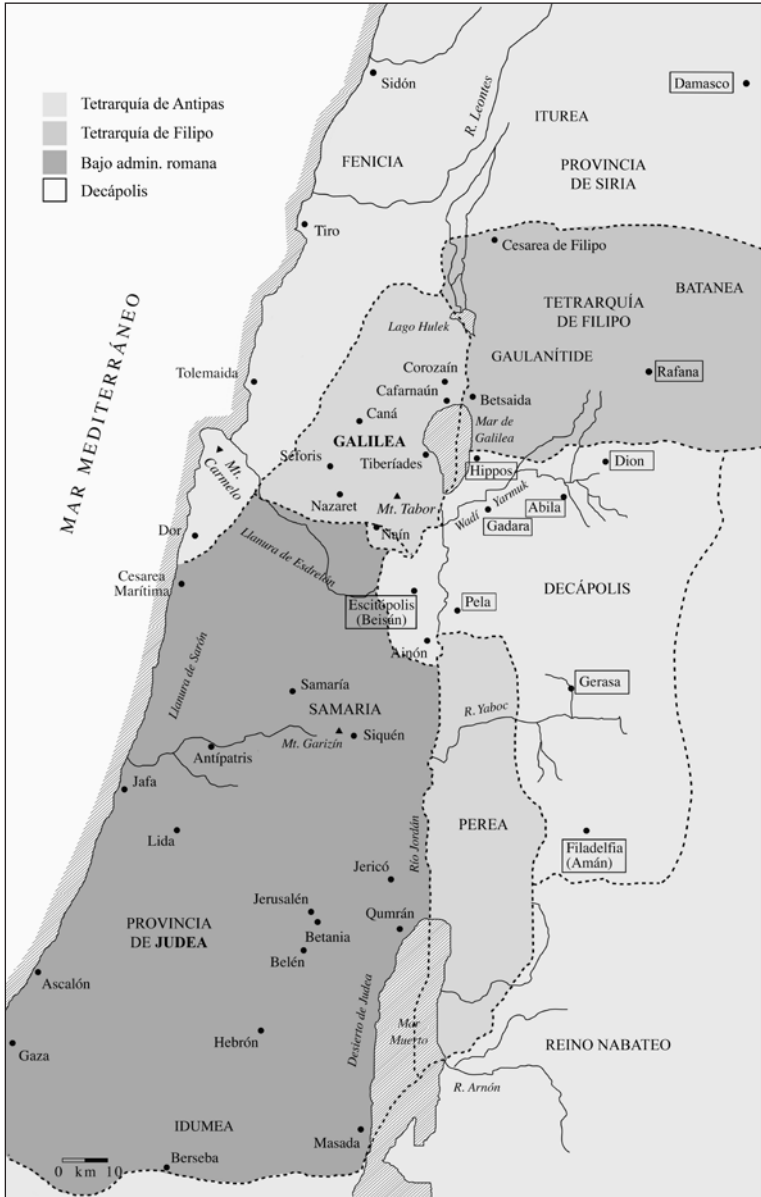
Depósito legal: S. 262-2019

Impreso en España / Unión Europea

Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

<i>A manera de prólogo</i>	9
1. El interrogatorio	11
2. El chantaje	21
3. La decisión de Andrés	35
4. La misión de hacer averiguaciones	45
5. La comunidad del desierto	57
6. Un asesinato y su análisis	71
7. Jesús –¿peligro para la seguridad?	83
8. Indagaciones en Nazaret	99
9. En las cuevas de Arbela	111
10. El terror y el amor a los enemigos	123
11. Conflicto en Cafarnaún	139
12. Personas en la frontera	157
13. Una mujer protesta	169
14. Informe sobre Jesús, o: encubro a Jesús	183
15. Reforma del Templo y reforma social	201
16. El miedo de Pilato	217
17. ¿Quién fue culpable?	231
18. El sueño del Hombre	245
<i>A manera de epílogo</i>	260
<i>Apéndice. Las fuentes más importantes sobre Jesús y su época</i>	263



El interrogatorio

La celda era oscura. Hace muy poco, la gente me empujaba y atropellaba por el pánico. Ahora estaba solo. Me estallaba la cabeza. Me dolían todos mis miembros. Los soldados, al principio, asistían indiferentes a la manifestación. Incluso tomaban parte en ella. Y gritaban con los demás. Nadie sospechaba que eran agentes provocadores, hasta que sacaron las porras que llevaban escondidas, y comenzaron a apalearnos. La mayoría de los manifestantes se dispersaron huyendo. Algunos murieron pisoteados. Otros eran golpeados brutalmente por soldados provocadores.

Yo no tenía ninguna razón para huir. Pasaba casualmente por allí, en compañía de Timón y Malco. No me interesaba la manifestación. Sólo quería ver a Barrabás, a quien había descubierto entre los manifestantes. Me dirigía precisamente hacia él, cuando estalló el pánico. Todo fue confusión, gritos, golpes de porras, silbidos y atropellos. Cuando recobré la lucidez, estaba preso. Timón también. ¿Habría escapado Malco?

Estaba sentado en cuclillas en medio de la oscuridad. Me dolía todo el cuerpo. No sólo me dolían los golpes y me marcaban las cadenas. Lo que convulsionaba mis miembros era algo más: era la humillación sufrida por una violencia brutal. Era el miedo a más humillaciones, a las que estaba expuesto sin poderme defender.

Un soldado hacía guardia afuera, paseándose. Oí voces. Abrían la puerta. Me arrastraron encadenado para el interrogatorio. Me llevaban a alguna parte de la sede del prefecto romano.

Frente a mí estaba sentado un oficial. Un secretario tomaba nota de las declaraciones.

—¿Hablas griego? —fue la primera pregunta.

—Entre nosotros, todos los que tienen un poco de cultura saben griego —respondí.

El hombre que me interrogaba tenía facciones finas. Sus ojos me miraban penetrantes. En otras circunstancias, me habría caído simpático quizás.

—¿Cómo te llamas?

—Andrés, hijo de Juan.

—¿De dónde eres?

—De Séforis en Galilea.

—¿Profesión?

—Comerciante de frutas y cereales.

El oficial hizo una pausa y aguardó a que el secretario lo hubiera anotado todo con su pluma que rascaba el papel.

—¿Qué estás haciendo en Jerusalén? —siguió interrogándome.

—Vine a la fiesta de pentecostés.

Levantó la mirada y me miró fijamente a los ojos: —¿Por qué participaste en la manifestación contra Pilato?

—Yo no era uno de los manifestantes. Me vi metido por casualidad en la manifestación.

¿Debiera haber añadido que reconocí entre los manifestantes a un viejo conocido? ¡Ni hablar! Barrabás era muy conocido por su odio a los romanos. Su nombre estaba en todos los ficheros de la policía. ¡Que no me relacionaran con él!

—¿Aseguras que no gritabas tú también: ‘¡Nada de dinero para Pilato!’?

—No tengo idea siquiera de qué se trata —mentí.

El funcionario se sonrió con incredulidad. Todo el que estaba en Jerusalén sabía perfectamente que se trataba del dinero que Pilato quería tomar de las arcas del Templo para construir un nuevo acueducto para abastecer de agua a Jerusalén¹.

1. Véase Josefo, *bell* 2,175-177 (II,9,4): «Algún tiempo después, él (= Pilato) dio ocasión a nuevos alborotos, porque gastaba el tesoro del templo, llamado «corbán», para una conducción de aguas;... La multitud estaba encolerizada por este motivo, y cuando Pilato llegó a Jerusalén, un gran gentío se apiñó gritando y lanzando insultos en torno a la sede del tribunal romano. Pilato sospechaba ya que se iba a producir ese alboroto entre los judíos e hizo que se mezclaran entre la multitud algunos soldados, armados pero disfrazados

—Sabes perfectamente que hay que mantenerse alejado de esas manifestaciones.

—Nadie iba armado. Todo transcurría pacíficamente hasta que los soldados intervinieron —respondí con precipitación.

—Pero la manifestación iba contra nosotros, los romanos. Un acto así es ya sospechoso. ¿No te habías mezclado nunca en enfrentamientos entre judíos y no judíos? ¿No te conocemos ya?

—¿Qué enfrentamientos?

—Me refiero a los conflictos que hay en nuestras ciudades, y en los que alborotadores de tu edad hacen de las suyas. Todo comienza con algaradas idiotas y termina en batallas campales como en Galilea².

—Mi ciudad natal, Séforis, es tranquila. La mayoría de los habitantes son judíos, pero tienen formación helenística.

—¿Séforis, dices? ¿No hubo también alborotos en Séforis? ¿Pues qué pasó a la muerte de Herodes? ¡Vuestra ciudad es verdadero nido de terroristas!³ —me vociferó súbitamente.

—Eso no es verdad. Hace 33 años hubo en toda Palestina un levantamiento contra los romanos y contra los partidarios de Herodes. Los rebeldes, mediante un golpe de mano, se apoderaron de nuestra ciudad y obligaron a sus habitantes a luchar contra los romanos. La ciudad lo pagó bien caro. El general romano Quintilio Varo envió tropas contra ellos, conquistó la ciudad, la arrasó, y a sus habitantes los mató o los vendió como esclavos. ¡Fue una terrible catástrofe para nuestra ciudad!

¿Cómo podría yo apartarle de ese tema? No todos fueron muertos entonces o convertidos en esclavos. Algunos lograron

de civiles. Les mandó que no hicieran uso de las espadas, pero aporrearan a los manifestantes. En cuanto se dio, desde la sede del tribunal, la señal convenida, los soldados empezaron a apalear a la multitud. Muchos judíos sucumbieron a los golpes. Otros, en la huida, fueron pisoteados por su propia gente. Horrorizado por lo que había sucedido a los muertos, el pueblo enmudeció».

2. Josefo informa que en Cesarea hubo tumultos poco antes de estallar la Guerra Judía, es decir, el año 66 de nuestra era (Jos. bell 2,284-292 = II,14, 4s). La ciudad había sido fundada por un judío, Herodes. Pero éste había dotado a Cesarea de templos paganos, hecho por el cual los no judíos reclamaban tener también derecho a aquella ciudad. El conflicto en torno a los derechos de ciudadanía se encuentra ya atestiguado en los años cincuenta (véase bell 2,266-270 = III,13,7), pero debió de originarse mucho antes.

3. Sobre la insurrección en Séforis véase Jos. bell 2,56 (II,4,1); sobre la destrucción de la ciudad y la esclavización de sus habitantes por Quintilio Varo, véase bell 2,68 (II,5,1).

escapar. Entre ellos estaba el padre de Barrabás. Barrabás me lo había contado muchas veces. ¿Estarían sometiéndome a interrogatorio por mi relación con él? Pero ¿qué sabían ellos de nuestra amistad? En todo caso, tendré que desviar la atención de todo lo que tenga que ver con Barrabás. Insistí de nuevo.

—Todos los habitantes de Séforis tuvieron que pagar bien caro aquella insurrección. El destino no tardó tampoco en caer sobre Varo: Poco después fue muerto en Germania. Cayó él y tres legiones.

—¡Bien contentos que se pusieron los de Séforis! —la voz del oficial seguía sonando amenazadora.

—De aquello no podía ya nadie alegrarse. Todos estaban muertos o habían sido vendidos como esclavos. ¡La ciudad era un montón de ruinas! Fue edificada por Herodes Antipas, hijo del otro Herodes. Asentó en la ciudad a partidarios de Roma. También mi padre llegó a Séforis por aquel entonces. Somos una ciudad nueva. ¡Pregunta a los galileos de nuestro entorno! Nuestra ciudad es considerada como amiga de los romanos. ¡Y yo he nacido en *esa* nueva Séforis!⁴.

—Todo eso lo vamos a comprobar. Otra pregunta más: ¿Qué posición ocupa tu familia en la ciudad?

—Mi padre es decurión, miembro del consejo.

Nuestra ciudad estaba organizada a la manera griega. Había una asamblea ciudadana, un consejo, elecciones y funcionarios municipales. Me referí a ello con toda intención. Yo sabía que los romanos apoyaban a las ciudades constituidas en repúblicas, y a los ciudadanos acomodados que vivían en ellas.

—Tu padre debe ser rico, si es uno de los decuriones de Séforis. ¿Qué profesión tiene?

—Comerciante en cereales, lo mismo que yo.

—¿Y dónde comercia?

—Galilea abastece de productos agrícolas a las ciudades de la costa mediterránea: Cesarea, Dor, Tolemaida, Tiro y Sidón. También he provisto de cereales a las cohortes romanas de Galilea.

—Eso se puede comprobar fácilmente. ¿Tenéis relaciones comerciales con Herodes Antipas?

4. Durante la Guerra Judía, Séforis —en contraste con casi toda Galilea— adoptó una postura prorromana; véase Jos. *vita* 346 (= 65).